

# El anti-haitianismo como ideología occidental

**Silvio Torres-Saillant<sup>1</sup>**

Recepción: 05 de junio, 2011 / Aprobación: 05 de enero, 2012

## Resumen

Este artículo examina las relaciones dominico-haitianas dentro del marco del pensamiento occidental. Enfatiza la condena europea y norteamericana a la insurrección de los negros en la colonia francesa de Saint Domingue de la cual surgió la República de Haití en 1804. También condena el prejuicio anti-haitiano en el discurso nacionalista dominicano a partir de la dictadura del General Rafael Leónidas Trujillo (1930-1960) y rememora la historia de dominación imperial que potenció la prédica anti-haitiana como fórmula política en la sociedad dominicana. Al fundarse la República Dominicana como estado independiente en 1844 y buscar un lugar dentro del orden económico capitalista dominante en la región caribeña, el nuevo país necesitó el reconocimiento de las potencias imperiales comprometidas con un credo racial negro-fóbico. En ese contexto geopolítico, la clase dirigente dominicana tenía pocas opciones para evitar el aislamiento económico y el gobierno armó un discurso nacionalista anti-haitiano que le abriera las puertas, así fuese precariamente, a los predios capitalistas del Occidente cristiano.

## Palabras clave

Racismo, dominación imperial, discurso nacionalista, República Dominicana, Haití

## Abstract

This article examines the Dominican-Haitian relationships within the framework of Western thought. It emphasizes the European and U.S. condemnation to the insurrection of blacks in the French colony of Saint Domingue, from which emerged the Republic of Haiti in 1804. It also condemns the anti-Haitian prejudice in the Dominican nationalist discourse after the dictatorship of General Rafael Trujillo (1930-1960) and recounts the history of imperial domination potentiated the anti-Haitian as preaching political formula in Dominican society. At the founding of the Dominican Republic as an independent state in 1844 and it tried to find a place within the dominant capitalist economic order in the Caribbean region, the new country needed recognition of the imperial powers committed to a black phobic racial creed. In the geopolitical context, the Dominican ruling class had few options to avoid economic isolation and the government

---

<sup>1</sup> PhD. Comparative Literature, New York University. Professor, Department of English Latino & Latin American Studies Program, Estados Unidos. Correo electrónico:saillant@syr.edu

had to build an nationalist anti-Haitian discourse in order to open the doors, however precariously, to the Christian West capitalists grounds.

## Keywords

Racism, imperial domination, nationalist discourse, Dominican Republic, Haiti

## Resumo

Este artigo analisa as relações domínio-haitianas dentro do contexto do pensamento Ocidental. Enfatiza a condenação europeia e americana da insurreição dos negros na colônia francesa de Saint Domingue a partir da qual surgiu a República do Haiti em 1804. Também condena o prejuízo anti-haitiano no discurso nacionalista dominicano da ditadura do General Rafael Leónidas Trujillo (1930-1960) em diante e recorda a história de dominação imperial que potencializou a pregação anti-haitiana como fórmula política na sociedade dominicana. Ao fundar a República Dominicana como um estado independente em 1844 e buscar um lugar dentro da ordem capitalista econômica dominante na região caribenha, o novo país precisava de reconhecimento das potências imperiais comprometidas com um credo racial negrofóbico. Nesse contexto geopolítico, a classe dominante dominicana tinha poucas opções para evitar o isolamento econômico e o governo montou um discurso anti-haitiano que lhe abriria as portas, ainda que precariamente, aos prédios capitalistas Ocidente cristão.

## Palavras-chave

Racismo, dominação imperial, discurso nacionalista, República Dominicana, Haití

## I. Preámbulo

**E**n las relaciones intracaribeñas y en los análisis de la experiencia racial en las Américas, sobre todo en lo que respecta a la población afrodescendiente, se suele apuntar la relación conflictiva entre los dos pueblos que comparten la isla Hispaniola. Se destaca usualmente las pugnas fronterizas entre la República Dominicana y la República de Haití, además de la contra-distinción de los dominicanos en su autorepresentación racial con respecto a sus vecinos al otro lado de la isla. Se suele decir que los dominicanos no se consideran negros, cuando invocan la negrura tienden a relegarla a la población haitiana. A los dominicanos, además, se les achaca una actitud de desprecio racial hacia los haitianos, codificada en el término antihaitianismo como ingrediente integral de su idea de nación. Los dominicanos, según dicho razonamiento, se definen negativamente, el anti-haitianismo aparece como un componente definidor de la dominicanidad. En las páginas que siguen veremos que los dominicanos tienen un lugar menos protagónico

en la renuencia a celebrar la negritud como elemento central de su identidad social y que juegan un papel menos decisivo en el anti-haitianismo sempiterno y furibundo que tienden a atribuirles los comentaristas sobre las relaciones raciales en las Américas.

Antes de proceder, aclaro que no tengo ningún interés en exculpar a la clase dirigente y la élite intelectual dominicanas de externar impugnable dosis de negrofobia en el discurso nacionalista. No hay que negar su tendencia a vituperar a la población de extracción haitiana residente en la sociedad dominicana, la cual se compone en parte de trabajadores inmigrantes y en parte de conciudadanos nacidos en el territorio nacional de padres haitianos, víctimas de un asedio de Estado que les niega la ciudadanía. Tal ha sido la prédica de odio y el estigma desplegado contra esa población que el país ha aprendido a tolerar olas de violencia desatadas por vecinos contra residentes haitianos. Turbas criminales han llegado a perseguirlos y despiadadamente expulsarlos de los vecindarios, quemándoles sus casas y en no pocos casos asesinandolos salvajemente. Al gobierno dominicano le ha faltado asumir una posición suficientemente contundente ante esos delitos. Tampoco el sistema judicial ha dado a conocer un plan convincente para juzgar y castigar a todos los perpetradores por sus actos de ignominia.

La relativa pasividad de las autoridades ha fomentado un ambiente permisivo al homicidio callejero, dando licencia de facto a las turbas asesinas y de esa manera ha incrementado la posibilidad de que nuestra sociedad vuelva a verse inculpada en una acción genocida como aquella del 1937. De acontecer ese funesto desenlace, para nosotros sería mucho peor que su antecedente, pues tendríamos la deplorable diferencia de que en esta ocasión nuestra inmundicia no se le podrá achacar al exabrupto de un diabólico tirano. Tendrían que afrontar su crimen contra la humanidad compatriotas civiles de extracción humilde. Serían ciudadanos de una democracia representativa, entrado el siglo veintiuno, ordinarios hijos e hijas de la patria quienes, ultimando motu proprio a sus víctimas, mostrarían la vileza de sus manos ensangrentadas ante los ojos horrorizados de la humanidad. De no ponerse paro inmediato a la violencia colectiva que se ha venido registrando en el país contra la comunidad haitiana y dominico-haitiana, desde los asesinatos en Hatillo Palma en junio del 2005 hasta el presente, llegaremos a cometer tal grado de maldad criminal que difícil será expiar nuestra culpa ante el juicio de la posteridad.

A raíz del bravío terremoto que en enero del 2010 devastó a la ciudad de Puerto Príncipe y sus alrededores, la sociedad dominicana mostró solidaridad humana y nobleza de espíritu. En ese momento la grandeza nacional quedó

plasmada en hechos memorables que fueron desde el pueblo raso recaudando fondos para los damnificados, una señora trasladada a la frontera con el fin de prestar sus senos para amamantar infantes a quienes el desastre había reducido a la orfandad, hasta el Presidente Leonel Fernández movilizándolo cuantiosos recursos para socorrer a las víctimas de tan cruel cataclismo. El país, de esa manera, se colocó gloriosamente a la altura de las circunstancias para orgullo de los dominicanos de buena voluntad en el país y el extranjero dando ejemplo de gallardía solidaria en el mundo. Todo eso habrá de enlodarse de seguir las cosas como van, la dignidad alcanzada por nuestra sociedad en ese instante perderá la posibilidad de servir ante el mundo como carné de identidad moral.

Puesto sobre el tapete el anterior preámbulo para establecer que aquí no se busca ocultar la negro-fobia ni el prejuicio anti-haitiano en ningún momento en que hagan asomo en el discurso público o en la conducta de la población dominicana, podemos ahora mejor abordar los pormenores de la crítica al lugar que se le confiere a los dominicanos en los estudios sobre la relaciones raciales en el hemisferio y, en particular, a las relaciones dominico-haitianas. Me permito arrancar con un par de aseveraciones que, espero, las páginas que siguen puedan sustanciar de manera satisfactoria. Propongo que, lejos de ser una creación dominicana, el “anti-haitianismo” tiene una larga historia con profundas raíces en el pensamiento occidental. Si miramos el asunto con detenimiento, entenderemos con facilidad el anti-haitianismo como un recurso ideológico de la imaginación racial que acompañó al surgimiento del capitalismo cristiano sobre todo a partir del siglo dieciocho. Los dominicanos apenas operan como herederos menores de un cuerpo de saberes y prejuicios acumulado por siglos en la historia del anti-haitianismo occidental. Cuando los intelectuales trujillistas a partir de la primera mitad del siglo veinte escribieron sus diatribas antihaitianas, no fungieron más que como papagayos rumiadores de unas prácticas discursivas superiores en virulencia y sofisticación a las que sus plumas penosas pudieran aspirar a externar.

Los planteamientos vilificadores de la población haitiana alcanzaron su expresión más terminada en los escritos de Manuel Arturo Peña Batlle y Joaquín Amparo Balaguer Ricardo, las voces más sobresalientes entre la caterva de escribas abocados a construir un discurso sobre la nación afín con las pretensiones étnicas y culturales del nacionalismo trujillista. Pero estos apenas se hicieron eco de los elementos de una ideología que venía sosteniendo su vigencia entre pensadores europeos y estadounidenses por más de un siglo. Ni siquiera en acentuar la diferencia racial y cultural entre Haití y la República Dominicana lograron los escribas del trujillato la más mínima originalidad,

puesto que ya en el discurso de la ideología anti-haitiana que heredaron de sus maestros occidentales venía inscrito el esquema comparativo que le atribuía una relativa superioridad a la sociedad dominicana con el fin de resaltar de manera más enfática la difamación de Haití.

## II. Imperio, Raza y Pugna Intra-insular

En diciembre de 1844, con apenas 10 meses de fundada la República Dominicana, el gobierno envía al Dr. José María Caminero a Washington con fines de obtener el reconocimiento de los Estados Unidos al recién nacido estado. Pronto concluiría la administración del Presidente John Tyler, cuyo Ministro de Relaciones Exteriores, el célebre John C. Calhoun, defensor de la esclavitud y de la expansión imperial norteamericana, vio en la pequeña república antillana una posible aliada de su política racial. Él pensaba que, además de los Estados Unidos, España y Francia debían también extender dicho reconocimiento. Al abogar ante el Embajador español en Washington sobre las ventajas de esa medida, Calhoun destacó el papel que el nuevo país desempeñaría ayudando a contener “un mayor crecimiento de la influencia negra en el Caribe” (Welles, 1966, 76). Similarmente, cuando el Agente Estadounidense John Hogan llega a la República Dominicana para el año 1845, sobresale entre sus preocupaciones la cuestión racial. En conversación con Tomás Bobadilla, entonces Ministro de Relaciones Exteriores dominicano, Hogan expresaba preocupación acerca de si “la presencia en la República de una proporción tan grande de gente de color” debilitaría los esfuerzos del gobierno para defenderse de la agresión haitiana,” una inquietud que el ministro dominicano despejaba insistiendo en que “entre los dominicanos la preocupación por el color nunca ha tenido gran importancia,” agregando que en la población nacional hasta los “ex esclavos combatirían a los haitianos” si fuera necesario en vista del grado de opresión ejercido por el régimen de la ocupación (Welles, 1966, 77-78). De este intercambio entre el funcionario dominicano y el norteamericano se puede deducir una diferencia significativa sobre el pensamiento racial dominante en sus respectivas sociedades.

Para el norteamericano Hogan, representante de una sociedad comprometida con una ideología racial que alardeaba la superioridad de los blancos acorde con un discurso justificador de la esclavitud negra que allí reinaba, la similitud fenotípica entre la población afrodescendiente en la sociedad dominicana y su contrapartida en la sociedad haitiana hacía casi automática la solidaridad racial entre los unos y los otros, poniendo en tela de juicio hasta qué punto el gobierno dominicano podía contar con el apoyo de su población

negra. El ministro dominicano, por su parte, proveniente de una sociedad con un largo historial de criollización que restaba vigencia a la construcción de la identidad social a partir de parámetros estrictamente raciales, da a entender que la lealtad de los dominicanos no es racial sino primordialmente política. De ahí que al asegurar la solidaridad de la población de origen africano con el nuevo gobierno se refiera no a rasgos fenotípicos sino a las prácticas opresivas de las fuerzas ocupadoras. En su estudio sobre el período de la ocupación, el historiador Frank Moya Pons nos permite corroborar la apreciación de Bobadilla. Pues dicha obra muestra como el gobierno haitiano fue perdiendo apoyo progresivamente en la población de Santo Domingo debido a una serie de políticas que la gente del este de la isla consideraba perjudiciales (Moya Pons, 1972). También se deja entrever, en el intercambio de Hogan y Bobadilla, la medida en que el gobierno norteamericano había tomado partido con la República Dominicana en contra de Haití. Ello no sorprende en vista de la bandera de supremacía blanca enarbolada por los Estados Unidos, la cual casi por lógica, imponía la animosidad contra Haití, que unas cuatro décadas antes se había presentado ante el mundo como una república orgullosamente negra. Muy poca gracia debe haberle hecho a la negrofóbica sociedad norteamericana el artículo de la Constitución dessaliniana que declaraba “negros” a todos los ciudadanos de Haití independientemente de sus rasgos fenotípicos ni sus orígenes ancestrales.

En gran medida, la lógica racial imperante en Norteamérica requería a los funcionarios estadounidenses que interactuaban con la sociedad dominicana darle un tinte racial a la pugnacidad dominico-haitiana durante los años posteriores a la separación febrerista. Lo vemos en el intercambio de Hogan con el Ministro Bobadilla y lo vemos también en una carta fechada el 24 de octubre de 1849 en la que el Comisionado Estadounidense en Santo Domingo Jonathan E. Green reporta a su jefe, el Ministro de Relaciones Exteriores John M. Clayton, con probable satisfacción, que la violencia haitiana había dado “vigencia y universalidad al sentimiento a favor de los blancos en la República Dominicana” (Welles, 1966, 103-104). Reportar la supuesta blancofilia de los dominicanos equivalía a dar buenas noticias para los portavoces del joven imperio del Norte, razón por la cual quizás se abocaron a cultivar ese favoritismo dándoles un mejor trato que a sus vecinos al otro lado de la isla. A partir de aquí parece prevalecer en el lenguaje de los representantes norteamericanos, por un lado, un afán sostenido por blanquear fenotípicamente y culturalmente a los dominicanos y, por el otro, explicar la naturaleza de la pugna con Haití como una rivalidad inherente a la dominicanidad por razones raciales, culturales, religiosas e intelectuales. Parece como si en sus relaciones con el recién nacido país antillano Norteamérica descubriera un servicio clave que los dominicanos

podían servir en pro de su geopolítica racial. El régimen norteamericano convenientemente percibió en la República Dominicana a un aliado que le ayudaría a mantener a Haití bajo la lupa. Pues había que mitigar su influencia como pueblo denodado que había desmantelado la economía esclavista y había liberado a los negros de la ignominia del cautiverio para elevarlos a la condición de ciudadanos.

Para ubicarlos efectivamente en la esfera de influencia norteamericana en el hemisferio, el gobierno en Washington necesitaba reconocer la soberanía de la nueva república que los dominicanos habían creado. Y eso no se podría lograr si los supernumerarios congresistas y senadores representantes de los estados sureños percibían a la joven república como un reducto de negros o de simpatizantes de la nación haitiana. Los legisladores y empresarios sureños dependían para su bienestar económico de la explotación de esclavos negros en sus plantaciones. No sorprende, por tanto, que los adversarios del plan del gobierno de reconocer la independencia dominicana buscaran derrotarlo en la opinión pública señalando precisamente la preocupante composición racial del país. Así, con la intención de frustrar el plan adelantado por el Ministro de Relaciones Exteriores William Marcy de extenderle un reconocimiento oficial a la República Dominicana, el periódico *New York Evening Post*, en su edición del 2 de septiembre de 1854, publicó una “genealogía” del liderazgo político dominicano. En ese artículo, en el que se revelaba el origen de la élite política, el periódico buscaba demostrar que “los líderes dominicanos eran todos negros o mulatos y que la población blanca de la República Dominicana constituía apenas una cantidad negativa” (Tansill, 1938, 181).

La negro-fobia y el anti-haitianismo imperantes en el discurso político norteamericano para las décadas posteriores a la independencia dominicana podía nutrirse de los planteamientos del más devoto de los pensadores racistas de Occidente de su tiempo, el conde Joseph Arthur de Gobineau, cuyo célebre estudio *Essai sur l'inégalité des races humaines* (1853), se detuvo a comentar la cuestión racial en la isla Hispaniola. Coincidiendo con los publicistas norteamericanos que habían puesto en boga el análisis racial comparativo para hablar de los dominicanos y los haitianos, Gobineau describe a la sociedad dominicana como un lugar de logros relativos gracias a la capacidad de su gente, a quien considera mulata, de imitar los avances de Occidente. Dice:

En Hispaniola se ha completado la independencia. No van allí misioneros a ejercer poder absoluto abierta o solapadamente, ni hay ministerios extranjeros funcionando con el espíritu europeo; todo se ha dejado a la inspiración de la propia población. Esta población, en la parte española, se compone

de mulatos. De ellos no diré nada. Parecen imitar, bien o mal, lo más fácil de aprovechar en nuestra civilización (Gobineau, 1853-1855, vol. I, 47).

La discusión de las posibilidades de las dos naciones de Quisqueya aparecen en una sección del primer tomo del afamado ensayo en la que Gobineau se propone demostrar cuán inútil resulta brindarle instituciones civilizadoras a un pueblo que carece de las condiciones ancestrales para aprovecharlas. Que esas condiciones están inscritas en la “sangre” queda explícito en la impresión que registra Gobineau al cruzar las montañas desde el territorio dominicano al otro lado de la isla. Las instituciones que conforman la sociedad haitiana, observa, son todas francesas, pero al comparar que efecto han tenido en la gente, en comparación con el resultado dominicano, exclama, “¡Qué contraste!” (1853-1855, vol. I, 48). Sobre los dominicanos estima que “la sangre europea ha modificado la naturaleza africana, y sus hombres podrían, inmersos en una masa de gente blanca, y con buenos modelos constantemente ante sus ojos, devenir con el tiempo ciudadanos útiles” (1940, vol. I, 49). Pero, según su observación, Haití padece la desgracia de tener una mayoría de población negra, correspondiente, según lo que el autor denomina “una ley natural,” a “esa ramas de la familia humana que son incapaces de civilización” (1853-1855, vol. I, 49).

Gobineau no fue ni el primero ni el último pensador francés en empeñarse vehementemente en la difamación de Haití y la vituperación de la población de origen africano. Pero si se convirtió en el más famoso a partir de la publicación de su repudiable *Essai*. Hemos señalado ya el activismo conceptual norteamericano en la construcción de un discurso anti-haitiano movido por la ideología negrofóbica que justificaba la subsistencia de la economía esclavista. En vista del contraste que señala Gobineau entre la población haitiana y la dominicana, a la cual le atribuye un mayor potencial de progreso sin llegar a hablar de ella favorablemente, se puede especular sobre la medida en que funcionarios y publicistas norteamericanos que insistían en destacar la base presumiblemente racial de la antipatía dominico-haitiana bien podían sentirse justificados por la severidad intelectual del autor francés. Pero independientemente de cual pudiera ser la relación de los ideólogos norteamericanos con el anti-haitianismo y la negro-fobia registrados en las distintas zonas del pensamiento occidental, para Estados Unidos el tema de la raza en la sociedad dominicana y su interacción con sus vecinos al otro lado de la isla siguió teniendo vigencia por numerosas décadas más. La tuvo en el contexto de la Guerra Civil de Estados Unidos cuando empresarios norteamericanos de distintas calañas promovían la venta de territorios dominicanos a potenciales clientes norteamericanos deseosos de un lugar plácido y pacífico adonde construir su hogar. También dicha vigencia se nutría del potencial de riqueza que veían varios aventureros



norteamericanos interesados en vender la idea de la República Dominicana como un destino ideal para inversionistas ambiciosos capaces de explotar los recursos naturales y la mano de obra dócil que ofrecía el territorio nacional a cualquier extranjero con visión empresarial. No menos importante fue el interés de sucesivos gobiernos norteamericanos que asignaban a la República Dominicana un valor estratégico para su agenda geopolítica en el hemisferio.

Esa agenda geopolítica dio pie a un recurrente deseo norteamericano de comprar o alquilar la Bahía de Samaná en el nordeste dominicano desde los primeros años de la República. De hecho, para 1854 los dos países discutían un acuerdo en el que Estados Unidos pedía el arrentamiento de Samaná como condición para reconocer la independencia del país antillano. En varios momentos a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, alternándose con las veces que se afanaba en adquirir a Samaná, Washington abogaba por la apropiación de todo el territorio nacional mediante la anexión del país a la Unión Americana. Se recuerda al Presidente Ulysses Grant como el mandatario norteamericano que se abocó con mayor ahínco a ese proyecto anexionista. Pero lo que importa para nuestros fines es la importancia que tuvo la cuestión racial en cada uno de esos momentos de incursión norteamericana en la vida dominicana. Para W. S. Courtney, un publicista interesado en promover “los beneficios agrícolas, comerciales y de otra índole” en este país mediante un opúsculo publicado en el 1860, resulta importante que la población dominicana se compone de “españoles, españoles criollos y *algo* de africanos y gente de color” (Courtney, 1860,132). Durante ese mismo período, en una publicación dirigida a fomentar el interés en reclutar norteamericanos interesados en trasladarse al territorio dominicano, se describe el país como un lugar donde “no prevalece ningún severo prejuicio de color”, apreciación que para esos años también recalca la señora De B. Randolph Keim, una importante portavoz de la organización patriótica llamada “Daughters of the American Revolution” al señalar que allí “la distinción de color en la vida social es totalmente desconocida” (American West India Company, 1863, 10; Keim, 1870, 168).

En fin, para estos representantes de distintos renglones de la sociedad norteamericana, urgía crear la percepción de los dominicanos como un pueblo carente de negros en números significativos o poseedor de un ambiente racial en que los negros convivían armónicamente con los blancos, proyectando de esa manera una imagen que la política racial norteamericana pudiera encontrar potable. Baste añadir que cuando llegaron a la República Dominicana los senadores del Congreso de los Estados Unidos B. F. Wade, A. D. White y S. G. Howe, con el abolicionista afroamericano Frederick Douglass como secretario, fungiendo el equipo como una comisión investigadora encargada de determinar

la idoneidad del país para su anexión a la Unión Americana, sus hallazgos dieron a entender que el codiciado país antillano estaba apto para unirse al territorio norteamericano. Especialmente en el aspecto racial, los comisionados dieron un cuadro eminentemente potable al presentar a una población compuesta por “un número considerable de blancos puros” y con una mayoría descrita como “ni negros puros ni blancos puros”, tratándose de gente “generalmente de sangre mezclada” en la que “la sangre blanca predomina” (United States. Commission of Inquiry to Santo Domingo, 1871, 13).

En gran medida la valoración racialmente potable de la población dominicana por representantes del gobierno y la industria norteamericanos traía implícita una subvaloración de la población haitiana que resultaba racialmente no aceptable ante los ojos negrofóbicos de Norteamérica. Valga recordar aquí que la mayor motivación para combatir la propuesta anexionista ante el Congreso de los Estados Unidos esgrimida por el senador Charles Sumner, quien combatió de manera más tenaz que nadie al Presidente Grant y sus aliados en la legislatura, fue el peligro que él veía cernirse sobre Haití si prosperaba dicha propuesta. Como abolicionista radical, Sumner avisoraba el peligro que constituiría para la sociedad haitiana tener como vecino a un adversario tan poderoso.

Para la segunda década del siglo veinte todavía abundan ejemplos luminosos de la preocupación norteamericana por la raza de los dominicanos, como lo muestra el caso de Alpheus Hyatt Verrill, explorador, inventor, ilustrador y autor de más de una centena de libros sobre tópicos diversos, incluyendo varios sobre la región antillana. El Presidente Theodore Roosevelt llegó a decir “fue mi amigo Verrill quien realmente puso al Caribe en el mapa”. En una obra escrita para dar a conocer a los lectores estadounidenses la isla de Puerto Rico, una parte de su territorio que permanecía desconocida todavía a unos dieciséis años después de haber comenzado a ondear allí la bandera de norteamericana a partir del 1898. Dada la cercanía de la Hispaniola y su estrecha relación histórica con Puerto Rico, el autor aprovecha para incluir una descripción de la vecina isla en el último tercio de su volumen. Al adentrarse en la descripción de la geografía y el clima de la isla de Santo Domingo, Verrill de inmediato atina a blandir el esquema comparativo para comentar los dos pueblos que comparten la isla: “mientras que los haitianos hablan un patois francés y se rigen por leyes francesas, los dominicanos hablan español y son españoles en la forma, la apariencia y el temperamento” (Verrill, 1914, 227). Continúa diciendo que:

Mientras la población haitiana es negra en nueve décimas partes y su país es atrasado y regresivo, el pueblo dominicano es progresivo y óptimamente

alerta a la importancia de la sanidad, los mejoramientos, el desarrollo y menos de un tercio de la población es negra (Verrill, 1914, 227).

Verrill contrasta también la actitud de ambos pueblos ante la presencia extranjera:

Mientras que los haitianos se oponen a los extranjeros y desestiman el capital foráneo, el negocio o las profesiones, los dominicanos acogen a los extraños y brindan todo tipo de estímulo a los inversionistas extranjeros, los negociantes y las industrias (Verrill, 1914, 227).

Puesto que esta descripción contrastiva sobre la raza, el desarrollo y la actitud hacia los extranjeros tiene poco sentido en una sección que busca explicar la geografía y el clima sobre todo en vista de que la cuestión racial se trata en otra parte del libro, podemos quizás ver en ese desvío narrativo la impaciencia del autor por entrar de lleno en el recurrente discurso norteamericano en torno a la superioridad dominicana sobre sus vecinos isleños. Podemos abreviar citando un par de apreciaciones sobre cada uno de los pueblos que comparten la isla, comenzando con los habitantes de la República Dominicana, a quienes Verrill declara principalmente “de ascendencia española, algunos blancos puros, otros mezclados con sangre negra, otros con una mezcla de indio y aún otros combinando el blanco, el indio y el negro” (1914, 233). “Independientemente de ser negros, blancos o indios, los dominicanos son una gente agradable e inmensurablemente superior en todos los sentidos a sus vecinos haitianos y a muchos de los demás caribeños”, afirma categóricamente Verrill (1914, 234).

Aparte del problemita de “las revoluciones”, que el autor describe como una especie de vicio o pasatiempo nacional, a los dominicanos le va bastante bien bajo la pluma de Verrill (1914, 235-237). Cuan venenosa podía ser esa pluma queda claro en el primer párrafo que Verrill le dedica a Haití, en el que comienza refutando el epíteto de “República Negra” de manera burlona, arguyendo que mientras “ciertamente el país **es** negro en la moral, los instintos, la condición y el color de su gente, no puede en verdad considerársele ‘república’ salvo en teoría”, y pasa luego a condolerse de la República Dominicana por haber padecido en parte la mala reputación del país vecino, ya que Haití, siendo tan solo una tercera de la isla, se conoce más en el mundo y se ha llegado a pensar que los dos pueblos son la misma cosa (Verrill, 1914, 309). Resulta predecible la apreciación de Verrill sobre el vudú, la religión de la mayoría de la población y su afirmación tajante de que en la misma se practica el

canibalismo (Verrill, 1914, 355-356). El cierre de su valoración de Haití tiene el hálito de una condena histórica:

Sobre y por encima de todo, sin embargo, está el hecho de que Haití es 'negro', que no hay allí una mano caucásica para guiar a los haitianos por su camino; ningún firme y benigno poder para mandarlos y protegerlos; no superior intelecto para aconsejarlos o dirigirlos. Más bien, hay la innata carencia de ambición, el carácter despreocupado de la raza de color y el total desinterés en la comodidades, la conveniencia o la limpieza que parecen ser tan vastamente importantes para las gentes blancas (Verrill, 1914, 358).

Lejos de ser un caso excepcional, Verrill encaja de manera natural en la larga tradición discursiva a la que se han suscrito numerosos funcionarios y publicistas norteamericanos y europeos que han comentado las relaciones dominico-haitianas y el papel de Haití en la isla desde Calhoun y Gobineau hasta la primeras décadas del siglo veinte.

A partir del recuento anterior me parece que podemos justificablemente dar por conocidas las fuentes políticas de la ideología anti-haitiana que, con frecuencia, se ha achacado de manera excepcional a la población dominicana, así como la negro-fobia que se ha enseñoreado en el discurso público nacional. Recuérdese la fogosidad racial que cundía el pensamiento político norteamericano para la época del nacimiento de la República Dominicana. La rigidez de su visión caucásica seguiría expresándose en la política pública y en las relaciones exteriores por todo el resto del siglo XIX y sobreviviría hasta la mitad del siglo XX. Para la década del 1950 los norteamericanos afrodescendientes, con el aval de militantes procedentes de las distintas minorías étnicas y grupos de blancos progresistas entregados al ideal de la igualdad y la justicia social, se lanzaron masivamente a las calles a enfrentar el régimen racista que sustentaba el Estado y a protestar las nefastas consecuencias que había tenido dicho régimen en la condición material de los segmentos perjudicados en la población nacional. Pero, hasta ese momento, operaba sólidamente en la sociedad estadounidense el orden que determinaba el lugar que correspondía en la escala social a cada persona según su extracción étnico-racial. De ahí que dictaminar la condición racial de los dominicanos resultara tan importante para los funcionarios norteamericanos que interactuaron con los dominicanos a partir del 1844.

Se puede conjeturar que cuando los observadores del Norte comenzaron a valorar a la sociedad dominicana menos negativamente que a la haitiana y se apresuraron a atribuirle blancura a la población nacional, el liderazgo político

criollo juzgó conveniente sencillamente llevarles la corriente. Aquí resulta necesario apartarnos de la genealogía que asigna al anti-haitianismo dominicano el colega Pedro L. San Miguel, quien encuentra su génesis en el período colonial, cuando España y Francia comenzaron a compartir la isla Hispaniola en el siglo diecisiete y, como se acostumbra entre los comentaristas sobre el tema, hace escaso hincapié en el trasfondo occidental de la animadversión hacia el pueblo haitiano (San Miguel, 2006, 112). De igual manera, mientras nuestro análisis procura entender la pugna domínico-haitiana en el marco de “los grandes conflictos desatados por el desenvolvimiento del capitalismo mundial”, tal como sugiere el artículo sobre el tema aparecido en la Enciclopedia Dominicana, aquí nos parece prudente distanciarnos un tanto del énfasis que pone dicho escrito en señalar el proyecto que en 1844 culminó en la independencia dominicana, debido al origen europeo, la extracción de clase y la ideología de la élite política que lo llevó a cabo, como la coyuntura donde se afinsa el prejuicio anti-haitiano en el país (Enciclopedia Dominicana, 1978, 64 y 71). Nuestro análisis, de nuevo, encuentra más bien un anti-haitianismo derivado de la dinámica de la relación de los primeros cabecillas del Estado dominicano con las autoridades norteamericanas que no ocultaban su repudio a Haití ni su negrofobia. Se puede entender que, pragmáticamente, a los dominicanos poco les convenía contradecir a los norteamericanos que les expresaban un tipo de simpatía marcado por la antipatía hacia los haitianos.

No resultaba difícil vincular la apreciación relativamente amigable que los Estados Unidos prodigaban a los dominicanos a la percepción de la ausencia o minoría de negros en la población criolla así como a la relación conflictiva del país con la República de Haití. De esa manera, se puede avanzar la hipótesis de que el potencial de solidaridad del pueblo dominicano con sus vecinos al otro lado de la isla quedó intervenido por la necesidad de agradar a los Estados Unidos. Seguramente los criollos habrán deducido que para ganarse un juicio favorable de los norteamericanos había que sostener una relación pugnaz con los haitianos. El régimen norteamericano, pues, nos quería blancos, nos quería níveos, nos quería anti-haitianos. Su predisposición a vernos como tal facilitaba las cosas. La dirigencia criolla se jugaba una ficha importante. Se trataba de congraciarse con una nación que ostentaba gran poderío y no menos voluntad de usarlo en empresas de dominación como se acababa de ver en la invasión a México del 1846. El liderazgo político criollo terminó transándose por una fórmula pragmática. En la transacción unos ganaron y otros perdieron. Norteamérica ganó al reforzar el orden racial que normalizaba la hegemonía blanca en la región antillana. Haití perdió la posibilidad de contar con los dominicanos como potenciales aliados después de afincada su soberanía nacional, alianza que habría convenido a ambos pueblos, incrementando con

la unión su capacidad de resistir la agresión colonial igual de Europa que de los Estados Unidos. La República Dominicana perdió la guerra moral consigo misma, desaprovechando la oportunidad de sacarle partido a la agenda anti-racista y de conciliación dominico-haitiana que privilegió el primer gobierno a raíz de la independencia febrerista. Apenas hay que recordar la postura, con escaso precedente en el hemisferio, asumida por el primer gobierno dominicano ante la esclavitud, la raza y las relaciones sociales, además del gesto extendido a los haitianos residentes en el país invitándolos a quedarse en el territorio nacional y ofreciéndoles la protección del Estado (Campillo Pérez, 1994).

Finalmente, el pueblo dominicano perdió el contacto normal con la parte alentadora, enorgullecida de su memoria histórica. Su memoria histórica bien podía haberse nutrido del acervo que le brindaba su propio pasado de lucha anticolonialista. De ahí podía haber salido el sentido político de su identidad nacional. Pienso en la lucha contra la recolonización española, la conocida Guerra de Restauración, en la cual los compatriotas se lucieron en el proscenio de la historia como aguerridos protectores de su dignidad. Antes que entrar al orden mundial como subalternos de una potencia occidental que en el fondo los menospreciaba, decidieron tomar las armas para combatir el imperio español, el cual todavía mantenía en condición de cautiverio a mucha población negra en Cuba y Puerto Rico. Los dominicanos, liderados por adalides afrodescendientes como el venerable Gregorio Luperón y el imperfecto Ulises Heureaux, derrotaron a las poderosas fuerzas invasoras. Además de mostrarse sus superiores en el campo de batalla, quisieron diferenciarse de ellos étnica, cultural y racialmente. Un poema escrito para celebrar la victoria de los criollos sobre sus adversarios europeos recoge mucho del sentir de los ciudadanos interesados en afirmar su diferencia con respecto a la fisonomía caucásica de los extranjeros invasores. Cito los versos que dicen: “Ya se fueron los blancos/ de Yamasá, ¡ay palisa!/Ya se fueron los españoles/con su banderita en popa” (Rodríguez Demorizi, 1979, 89).

El hecho de que, a lo largo de la guerra restauradora, los patriotas criollos tuvieran el respaldo decisivo de sus iguales haitianos apunta a otro aspecto importante de la memoria histórica perdida. Pues nos remonta a un momento previo a la forma de recordar impuesta por los falsificadores del pasado que operaban bajo la égida de la dictadura trujillista. Entonces todavía prosperaba la memoria a que apelaba el poeta Manuel Rodríguez Objío en los versos de su “Himno a Capotillo” en el que evoca de manera conjunta la gesta heroica igual de haitianos que de dominicanos contra Francia y España (Mota y Rodríguez Demorizi, 1963, 50). Esa forma de recordar el pasado quedó enterrada por el relato que privilegiaba la escuela, cuando entró apabullante la historia prescrita

por la narrativa trujillista. Quizás como resultado de esa amnesia forzosa los dominicanos perdieron acceso a un acervo histórico que, de accederlo, podría haberles inculcado la confianza necesaria para asumir su lugar en la lucha contra el colonialismo que dominó las primeras seis décadas del siglo XX en el Caribe, Asia y África. El pueblo dominicano podría haber servido de modelo, como lo hizo el haitiano, a las masas sedientas de libertad en todo el tercer mundo. También, y no menos importante, los dominicanos de hoy tendrían una memoria de Haití menos marcada por la prédica descalificadora puesta en boga por el trujillato y sus herederos en gobiernos posteriores. Su memoria estaría alerta al largo historial de colaboración entre los dos pueblos y las veces que ambos tuvieron que hacer causa común para defenderse de enemigos comunes procedentes del exterior con sus correspondientes aliados internos. Acceder a la memoria de su propio acervo anticolonial y el recuerdo de la cooperación intransular efectuada en momentos decisivos podría liberar a los dominicanos de hoy de la tendencia a mirar a los haitianos a través del prisma de la alteridad, para restaurar la mirada solidaria, la que nos permita encontrar en el rostro de Haití la imagen de nosotros mismos. La respuesta laudable de los dominicanos al desastre acaecido en Puerto Príncipe a raíz del letal cataclismo en enero del 2010 quizás demuestre que la capacidad de esa identificación todavía sobrevive.

### III. La Otra Cara de Haití

Evidentemente, hay varias formas de ver a Haití dependiendo del sentimiento que motive la mirada. Ello se me hizo palpable el sábado 12 de mayo de 2007 cuando tuve ocasión de conocer al escritor Frank McCourt. Sucedió en el Aeropuerto Fiorello LaGuardia de Nueva York, cuando, de regreso de una conferencia en Montreal, esperaba mi vuelo de conexión con destino a Syracuse, la ciudad donde vivo. Vi al célebre autor de la obra autobiográfica *Angela's Ashes* sentarse cerca de mí e inmediatamente deduje que estaríamos en el mismo avión, pues estaba yo al tanto de que al día siguiente McCourt dictaría la conferencia magistral para los egresados en la ceremonia de graduación de la Universidad de Syracuse, donde laboro. Conocedor de los detalles del acto solemne que se llevaría a cabo en mi recinto, procedí a presentármele y darle las bienvenidas anticipadas en nombre de la institución. Nuestra conversación de inmediato se tornó cordial y se enrumbo en distintas direcciones, incluyendo su interés en comparar su anterior profesión como maestro de escuela secundaria con la mía como profesor universitario. “¡Ah, la vida de los catedráticos!” exclamo en un momento. Temprano en nuestro intercambio, McCourt detectó un nacimiento foráneo en mi acento e inquirió sobre mis

orígenes. Al identificármele como procedente de la República Dominicana, de inmediato procedió a rememorar su visita al país vecino, años antes. Su evocación de Haití y su gente condujo a dos tipos de observación. Primero surgió la pobreza. Recordando el nivel de carencia material que había visto allí, la devastadora indigencia de los desheredados, reparó en la dureza de aquella realidad: “para nosotros es difícil de imaginar”, afirmó. Como queriendo despejar la posible impresión de que había exagerado, McCourt legitimó sus credenciales en materia de miseria diciendo “yo conozco la pobreza”, una afirmación por demás innecesaria para quien haya leído *Angela’s Ashes*, una obra que desgarradoramente evoca su niñez en Irlanda en contacto constante con el hambre y la indefensión. ¿Quién que recuerde ese libro le regatearía a McCourt la autoridad para reconocer la extrema pobreza?

Pero la observación de McCourt no se circunscribió a la pobreza haitiana. También me habló de la tenacidad de la gente allí, la intrepidez, por ejemplo, con que los padres se las bandean para a duras penas ganarse la vida, enviar a sus hijos a la escuela y en general sobreponerse a la más ensañada y terca adversidad. Entonces dijo con alguna tristeza que uno solo escucha sobre la violencia y el infortunio y jamás sobre el extremo al que llega la gente allí para vivir vidas productivas y salvaguardar su dignidad humana contra viento y marea. Sin tener mucho conocimiento previo acerca del Caribe. McCourt, en nuestro breve intercambio, se hizo eco perspicazmente de dos de las visiones más recurrentes en el tipo de comentario que suscita la República de Haití. Las imágenes y los enunciados predominantes en la evocación de esa sociedad tienden a agruparse en dos grandes renglones narrativos, uno que enfatiza sostenidamente el infortunio y otro que recalca la gesta heroica de su gente a través de los siglos. Esas dos vertientes en que se bifurca el discurso sobre Haití abarcan no solo las imágenes que Occidente ha preferido para mirar a ese país sino también la recurrente selección de Haití como sitio paradigmático mediante el cual mirar al Caribe. En los Estados Unidos, los afrodescendientes que se destacaron como ideólogos de la lucha por la igualdad racial durante el siglo diecinueve enrostraron ante el Occidente cristiano la existencia de Haití como prueba de la capacidad de los negros de elevar su condición desde el más abyecto cautiverio al plano de ciudadanos. El hecho de que los insurrectos haitianos derrotaran al potente ejército de uno de los principales imperios europeos, lanzándose a erigir su propio estado soberano, también carburó la imaginación caribeña desde principios del siglo veinte, como lo muestra cualquier mirada a la historia de la literatura y el pensamiento en la región. Desde entonces numerosos autores han sabido encontrar en Haití el lugar idóneo de qué valerse para ensamblar figuraciones del mundo antillano en general.



El Haití de la miseria, del horror, del caos social y de la ingobernabilidad no ocuparán sustancialmente mi atención en lo que queda de estas páginas. Primordialmente me voy a ocupar del segundo Haití que evocó el autor de *Angela's Ashes* basado en su observación empírica al visitar al Caribe algunos años atrás. Me ocupare del Haití al cual Simón Bolívar acudió cuando procuraba los recursos necesarios para ejecutar su obra de liberación en la lucha por la independencia latinoamericana y el proyecto anti-colonial. Rememoro aquí ese legado de lucha libertaria que el poeta romántico inglés William Wordsworth memorializó en un célebre soneto dedicado a Toussaint Louverture. Su colega francés, el poeta Alfonse Lamartine, abolicionista confeso y profeso, también se agarró de la evocadora figura del revolucionario haitiano en su prédica contra la esclavitud en las posesiones francesas del Caribe. Como instrumento de agitación por la causa, Lamartine compuso la pieza de teatro *Toussaint Louverture*, llevada al escenario en 1851 y publicada al año siguiente. Vale destacar el significado de que Lamartine se valiera de la lucha de los haitianos por la justicia y la igualdad, capítulo que ya tenía medio siglo de haber ocurrido, para promover la causa en Martinica, Guadalupe y Guyana Francesa. Da para suponer que, para Lamartine y otros promotores de la libertad, el precedente haitiano se había elevado a un sitio emblemático de ejemplaridad.

En el 1857 James Theodore Holly, un reverendo afroamericano propulsor de la emigración de los negros libertos hacia tierras donde pudieran vivir con dignidad, dio a la estampa un opúsculo cuyo título basta para indicar la importancia que le atribuía a la gesta haitiana. Holly lo intituló así: *Vindicación de la capacidad de la raza negra del autogobierno y el progreso civilizado según lo demuestran los eventos históricos de la Revolución Haitiana y los actos subsiguientes de ese pueblo desde su independencia nacional* (Holly, 1970). Una versión no menos glorificadora se deduciría de las palabras del afamado abolicionista afroamericano Frederick Douglass, cuando le tocó pronunciar el discurso de dedicación del Pabellón Haitiano el 2 de enero de 1893 en la Feria Mundial de Chicago, ocasión que aprovechó para exultar el hecho que aquel pueblo antillano siguiera existiendo como sociedad organizada por encima del asedio consuetudinario a que lo habían sometido las naciones cristianas del mundo (Douglass, 1992, 501-534). Quizás nada ilustre la ejemplaridad que alcanzó a tener Haití para los afroamericanos mejor que la proliferación de ciudades con población afrodescendiente supernumeraria que llevan el nombre de Haití (deletreado *Hayti*) a lo largo del territorio norteamericano. Hay que mencionar la dimensión del influjo inspirador haitiano también en la iglesia metodista episcopal africana (St. Joseph's African Methodist Episcopal Church) en Durham, ciudad de Carolina del Norte, que luce en su cúpula un vevé del vudú

haitiano, mostrando quizás que la admiración afroamericana por los símbolos haitianos llegaba hasta a la transgresión de la celosa iconografía cristiana.

El Haití admirado desde finales del siglo XIX contribuyó pensadores y activistas influyentes a la cultura mundial, tales como Antenor Firmin, en el título de cuya obra más conocida, *De l'égalité des races humaines* (1885), se anuncia una vigorosa respuesta al afamado *Essai* de Gobineau. Los aportes de pensadores, artistas y escritores de la talla de Firmin nutrieron el movimiento panafricano en Europa, África y las Américas y alentaron un despertar cultural de los negros a nivel mundial, ayudando a carburar la toma de conciencia que subsecuentemente se expresaría en el Renacimiento de Harlem, el movimiento Négritude y los demás proyectos comprometidos con la idea de oponer contrapeso al poderío alienador de la negrofobia occidental. El Haití que produjo esos aportes desde el siglo XIX desempeñó también un papel protagónico en las diversas iniciativas encaminadas a formular designios de integración y nociones de un futuro promisorio para la región caribeña. A ese Haití lo encontramos inmerso en el antillanismo que se asocia con el Caribe hispánico para la segunda mitad del siglo XIX, sobretodo en su vertiente más concretamente política, cuando el estadista Jean-Nicolas Nissage Saget colabora con su colega dominicano Gregorio Luperón en el combate contra el anexionismo que ponía en telas de juicio la soberanía nacional de toda la isla, oponiéndose igual a España que a los Estados Unidos y a sus aliados internos tanto haitianos como dominicanos. Poco se menciona la relación de Firmin con José Martí y Ramón Emeterio Betances, así como su solidaridad con proyectos de confederación en las Antillas, como queda registrado sobre todo en la parte de sus escritos realizada durante su exilio en St. Thomas (Plummer, 1988, 28).

En el caso de los norteamericanos afro-descendientes, necesitados de ejemplos que pudieran ayudar a animar la lucha contra la sistemática descalificación moral, física, intelectual y espiritual a que los sometía diariamente el régimen de supremacía blanca, no sorprende el valor de precedente modélico que le asignaron a Haití. En cuanto a los caribeños, la evocación de Haití se hace necesaria primordialmente como metáfora de liberación regional suscitada por el aparente entendimiento de que para los pueblos de la región, Haití somos todos. Hay una historia regional que da para pensar que, esté uno vinculado ancestralmente a la República Dominicana, Grenada o Jamaica, los acontecimientos acaecidos en Haití durante los pasados dos siglos han tenido un impacto definitorio sobre el resto de las sociedades en la región. Ese pensamiento conduce casi irremediabilmente al presentimiento de que nuestro lugar en el mundo, nuestro destino –tanto en la acepción de fortuna como la de punto de arribo–, lo que termine siendo de nosotros tanto como

dónde acabemos, cuál habrá de ser nuestro paradero en esta historia de huida migratoria en la que estamos embarcados, tiene mucho que ver con lo que sea de Haití.

Seguramente fuera por lo extendido de ese presentimiento que los documentos centrales de la historia literaria e intelectual caribeña, no obstante la nacionalidad de los autores, se hayan enfocado en Haití. Basten los ejemplos más conocidos. En su apasionante ensayo *Los jacobinos negros* del 1939, el intelectual y escritor de Trinidad, C. L. R. James, estudió la insurrección de Saint Domingue para dar con las raíces históricas que hacen posible el largo legado de rebeldía en la región caribeña. En el apéndice escrito para la edición de 1963 de su célebre obra James pasa a formular un paradigma conceptual en el que la Revolución Cubana de 1959 deviene en iteración lógica del precedente haitiano (James, 1963). En el 1949 ve la luz *El reino de este mundo*, novela en que, colocando la trama en el seno de la lucha libertaria en la colonia de Saint Domingue, el escritor cubano Alejo Carpentier investiga la intersección entre mito e historia, creencia y saber, hurgando profundamente en la estructura de la vida caribeña. Resulta significativo que fuera en esa novela evocadora de la Revolución Haitiana que Carpentier hiciera el aporte literario pionero a la visión estética que se conocería bajo el nombre de “realismo mágico”. En el 1960, el narrador y ensayista George Lamming publica *Los placeres del exilio*, una meditación que plantea el levantamiento de los negros esclavizados de Saint Domingue como el gran momento inaugural de la autoafirmación caribeña en sentido no solamente político sino también cultural. Es decir, se trató de una lucha por desatar las cadenas del cautiverio y a la misma vez por efectuar una positiva toma de la palabra. De ahí que Lamming viera a C. L. R. James, en su calidad de intelectual, como un descendiente directo de Toussaint, quien había expresado su propuesta libertaria como jefe militar. Es en esa obra de Lamming, además, donde primero se ensaya la aplicación de los personajes del drama shakesperiano *La Tempestad* como sinécdoque cultural para representar la historia colonial del Caribe. La vigencia que adquirió en las letras caribeñas el uso de Ariel, Próspero y Calibán como metáforas de las relaciones sociales en el ámbito colonial viene de ese ensayo.

En el mismo año el poeta, dramaturgo y pensador martiniqués Aimé Césaire da a la estampa el ensayo *Toussaint Louverture*, una obra no tan conocida como su célebre poema *Cahier d'un retour au pays natal* o su famoso comunicado *Discurso sobre el colonialismo*. En su obra dedicada a Toussaint, Césaire medita sobre las implicaciones humanizadoras de la gesta libertaria haitiana para los habitantes de todo el mundo moderno. Adentrándose en un terreno conceptual que, a su manera, ya había trillado la educadora

afroamericana Anna Julia Cooper en una obra pública originalmente en francés en el 1925, Césaire razona sobre el significado de la empresa louverturiana como acontecimiento que vino a poner al día el ideal de la Revolución Francesa que se expresa en la “Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano” (Césaire 1961; Cooper 2006). La gesta de los negros insurrectos de Saint Domingue vino a ampliar la cobertura humana de los principios de igualdad esbozados en la Declaración, la cual traía la mácula racista que circunscribía su aplicación a los europeos blancos, y de esa manera vino a rescatar el valor intrínseco de aquel histórico manifiesto. Césaire posteriormente le dedicaría una obra de teatro al personaje de Henri Christophe, también paladín de aquella rebelión. El poeta, y posterior Premio Nobel, Derek Walcott ya le había dedicado en la década del 1950 una pieza teatral a Christophe y regresaría a la revolución haitiana en dos obras más, produciendo la serie que hoy aparece publicada en su conjunto bajo el título de *Trilogía haitiana*. Vale mencionar también la obra teatral *Monsieur Toussaint* del prominente poeta y pensador martiniqués Edouard Glissant, quien se aventura a imaginar a Toussaint después de muerto cavilando sobre el resultado del proceso que había encabezado. Finalmente, para citar apenas un ejemplo más, recordemos la última obra publicada en vida por el poeta dominicano Manuel Rueda *Las metamorfosis de Makandal* (1998), un poema épico-lírico que indaga en la figura del progenitor de la insurrección de Saint Domingue con el fin de dar con claves identitarias para los habitantes de “las dos tierras” de Quisqueya. En fin, basten estas referencias al legado haitiano por artistas y pensadores de la región caribeña para acentuar la frecuencia con que el discurso antillano ha encontrado en Haití el potencial metonímico para externar sus deseos de liberación. La imagen de Haití, en una palabra, ha brindado al pensamiento antillano un arsenal de recursos para desplegar como respuesta a la arrogancia moral y cultural de los imperios occidentales tal como había servido a la causa anti-racista de los ideólogos afroamericanos.

#### **IV. Confraternidad Intraisular: La Tarea de Recordar**

A partir de la década del 1970 surgió en la comunidad intelectual dominicana una historiografía de orientación marxista que tuvo como fin subvertir la manera de recordar el pasado dominicano que había sido impuesto por la dictadura trujillista. Algunas de las obras de esos estudiosos en particular se abocaron a interrumpir la memoria oficial sobre la pugna histórica entre los dos pueblos que comparten la isla Hispaniola. Obras como *La Revolución Haitiana y Santo Domingo* del historiador Emilio Cordero Michel y el texto del sociólogo

Franklin J. Franco *El pueblo dominicano*, un sostenido análisis del pasado nacional, ofrecieron a los lectores de mi generación esquemas interpretativos hasta entonces inasequibles en la erudición nacional. Se trataba de una forma de mirar la relación con Haití apartada de la lógica trujillista que privilegiaba el prisma de la alteridad. Estos textos comenzaron a indagar la posibilidad de una historiografía domínico-haitiana interesada en destacar momentos claves de confluencia. De alguna manera, sin embargo, la guerra de abril en la República Dominicana, igual que el movimiento insurreccional que lideró Maurice Bishop en Grenada, viene a encajar en esa historia de la opresión y respuesta revolucionaria que para muchos constituye una hermenéutica de la experiencia caribeña y que tiene en el levantamiento de Saint Domingue su momento fundacional. Había ahí, por tanto, una evocadora conexión regional.

Una conexión tal vez más tangible la proveía el nombre de Jacques Viau Renaud, venerado poeta y mártir del levantamiento de abril de 1965, quien nació en Haití y vino de niño al lado dominicano de la isla. Su familia llegó originalmente traída por el padre Alfred Viau como exiliado político y se radicó en Santo Domingo, donde el chico Jacques se educó y terminó de criarse como dominicano. Desarrollando un manejo prodigioso del español, Jacques adquirió visibilidad como integrante de los jóvenes poetas que posteriormente vinieron a conocerse como la generación del 65 y, como había preservado el francés, se ganaba la vida enseñando esa lengua en el liceo. Jacques contaba apenas 24 años cuando en 1965 le vino la muerte en circunstancias dignas de recordar. Cayó víctima de una bazooka del ejercito invasor en pleno campo de batalla, tras unirse a las filas de los patriotas que tuvieron la valentía, quizá la temeridad, de hacerles frente a los *marines* que habían venido a aplastar su revolución. Jacques dio la vida por la causa de aquellos en su patria adoptiva que insistieron en aspirar a la autodeterminación y a la democracia. Cuando pienso en Jacques Viau Renaud, su cuna haitiana, su tumba dominicana y su conmovedora poesía, recogida en un volumen póstumo titulado *Permanencia del llanto*, me seduce el impulso de memorializar otros momentos de cruce intra-insular en la historia domínico-haitiana. Se puede recordar los orígenes dominicanos de Charlemagne Péralte, el líder de los *cacos* que murió en la resistencia a la ocupación norteamericana de Haití que comenzó en 1915 y duraría hasta 1934. Quizás no sea descabellado mencionar también la ocupación del territorio dominicano desde el 1916 hasta el 1924 por la misma fuerza imperial que entonces comandaba el suelo haitiano, no porque ilustre la solidaridad intransular sino la mutua condición subalterna ante el poder norteamericano. Importa también esa conexión porque en ese momento de dominación común, cuando las dos partes de la isla obedecían a un mismo amo, se abrió un capítulo nuevo en las relaciones sociales de los haitianos y

dominicanos, ya que la industria azucarera que el gobierno de la ocupación alimentaba creó el flujo de migración laboral que devaluaría la mano de obra y, por tanto, la persona haitiana, culminando en un estado de cosas que relegaría a los inmigrantes y sus descendientes al fondo de la escala social en la República Dominicana.

Retrocediendo un poco más en el tiempo, la memoria de la colaboración intrainsular nos puede llevar a encontrarnos con el “grupo bastante numeroso” de naturales del lado oriental de la isla, quienes, bajo la dirigencia del mulato Pedro Campos Tavares, se unieron al ejército rebelde de Jean-Jacques Dessalines en la lucha contra la invasión francesa (Enciclopedia Dominicana, 1978, 66-67). Sabemos de la participación dominicana en los afanes del movimiento *La Reforma* que destituyó al presidente Jean-Pierre Boyer, cuando su práctica política se había hecho demasiado autoritaria. Conformado por lo liberales haitianos, el movimiento anti-Boyer se nutrió del apoyo de su contrapartida dominicana, incluyendo a Juan Pablo Duarte, el arquitecto intelectual del movimiento separatista que al año siguiente proclamaría el nacimiento de la República Dominicana. Entre los otros momentos de cruce intra-insular vale evocar el año 1777, la fecha del Tratado de Aranjuez, el acuerdo mediante el cual los representantes del imperio español y el francés formalizaron la división de la isla Hispaniola en dos espacios coloniales distintos, y cartográficamente marcaron la línea que separaría al uno del otro. Vale notar particularmente una cláusula del convenio que estipula que ambas partes se comprometen a negarles el refugio a esclavos fugitivos que intenten escapar de un lado al otro, debiendo proceder más bien a capturarlos y devolverlos a sus amos al otro lado de la frontera. Ese momento colonial en el que se creó la frontera franco-española que luego pasaría a ser dominico-haitiana nos habla no sólo acerca del influjo de fuerzas externas en facilitar o dificultar las relaciones intrainsulares sino también del potencial de solidaridad transfronteriza que subyace en la cláusula citada del tratado de Aranjuez. Pues las autoridades coloniales se ocuparon de prohibir el auxilio a los prófugos de la esclavitud entre una colonia y la otra porque esa expresión de solidaridad transfronteriza sin duda se daba con frecuencia.

El episodio recién comentado forma parte de una historia nuestra de solidaridades que bien podríamos recuperar para equipararla con la historia de nuestra fragmentación. Supongo que quizás la urgencia por reparar la fragmentación se sienta más a partir de la experiencia de nuestra diáspora común. El Caribe, como todos sabemos, en las últimas décadas se ha convertido en un vigoroso exportador de gente y los hijos y las hijas de Quisqueya particularmente han tenido que enrumbarse hacia playas extranjeras con insospechada

frecuencia. Con los que se van, naturalmente, suceden cosas buenas y cosas malas. Entre las buenas está una cierta emancipación de la herencia nacionalista que a veces ha dificultado nuestra comunicación en la región. En cierto sentido, el desarraigo que nos viene producto de la incapacidad del estado-nación de garantizarnos el derecho a ganarnos la vida, también puede liberarnos de lealtades nacionalistas que a menudo nos hacen cómplices de prácticas xenofóbicas y racistas en nuestros países de origen. Es decir, el mismo desarraigo puede darnos la oportunidad de ampliar la mirada mediante la cual nos miramos y llegar a apreciar el marco menos nacional y más englobadoramente caribeño de nuestra historia. Pero la experiencia diaspórica ayuda también a subvertir memorias históricas inducidas por circunstancias adversas al bienestar material y espiritual de ambos pueblos. Una persona dominicana residente en Europa, los Estados Unidos, Canadá o cualquier otro de nuestros destinos migratorios tiene muy poca posibilidad de encontrarse con una persona haitiana reducida a la indefensión de mano de obra devaluada, como la habría visto en el suelo dominicano a partir de la migración laboral fomentada por la ocupación norteamericana del 1916, o como ser estigmatizado por el alegato de inferioridad social y moral, como la escuela trujillista, avalada por el anti-haitianismo occidental, hiciera posible enseñar. En la diáspora la persona dominicana tendrá acceso a una relación social con la presencia haitiana en la que, quizás en la mayoría de los casos, la persona haitiana aparece ocupando sitios y escalando peldaños adonde a la comunidad dominicana le faltan trechos para alcanzar.

En Canadá, por ejemplo, la visibilidad de la presencia haitiana en la comunidad literaria se deja sentir especialmente en la Provincia de Quebec. Similarmemente, el ascenso de una canadiense de origen haitiano, Michaele Jean, al rango de Gobernadora General del país en 2005 dio una idea de las manifestaciones diversas de esa presencia. En los Estados Unidos la pujanza haitiana se siente en los varios renglones de la esfera pública. Recuerdo una reunión de activistas comunitarios dominicanos en la ciudad de Miami a finales del 2001, en la que uno de los participantes, señalando la reciente elección de Josaphat Celestin a la Alcaldía del Norte de Miami, exhortaba a la concurrencia con el mensaje de que ese precedente haitiano señalaba a los dominicanos el camino a seguir en la consecución de similares escaños en la política norteamericana. A los que nos desenvolvemos en la industria académica en los Estados Unidos se nos hace sumamente fácil constatar el alto grado de participación haitiana en los distintos campos del saber. Justo en mi universidad en el 2010 se dio a conocer el nombramiento del Dr. Achille Messac al puesto de Jefe del Departamento de Ingeniería Mecánica y Aeroespacial con el rango de “Profesor Distinguido,” distinción especial que comparte con apenas otro colega en dicha

unidad académica. En los Congresos de Haitianistas que periódicamente se organizan en distintas universidades norteamericanas el número y la calidad de los eruditos participantes nos da a los colegas dominicanos a pensar en cuanto nos falta todavía para llegar adonde están ellos en la actualidad. En fin, en la diáspora no hay manera de que cualquier prejuicio anti-haitiano traído de las aulas trujillistas pueda sostenerse ante la experiencia de la igualdad que se inscribe en nuestro destierro común y ante la observación directa de la pujanza extraordinaria de la población haitiana en el exterior. Es decir, la antipatía anti-haitiana, recurso útil en la sociedad dominicana como instrumento político o como fuente de ingresos para figuras de la talla del funcionario agitador Marino Vinicio Castillo, alias Vincho, o su hijo el diputado Pelegrín Castillo, solo podría sobrevivir en la diáspora solo como aberración clínica.

Más típico de la diáspora es la colaboración reflejada en una columna de opinión publicada en el periódico *New York Times* (Danticat y Díaz, 1999) protestando la deportación de inmigrantes haitianos en la República Dominicana, escrita en colaboración por el afamado escritor dominico-americano Junot Díaz y la igualmente célebre narradora haitiano-americana Edwidge Danticat, quienes curiosamente nacieron en el mismo año y comparten la misma agente literaria como su representante. En la diáspora es posible asistir a una conmemoración de la independencia dominicana, coordinada a mediados de la década del 1990 por el Centro Cultural Orlando Martínez en el barrio neoyorquino de Washington Heights, que incluye a artistas y académicos haitianos entre los disertantes. Esas posibilidades de cruce fronterizo que se abren en la diáspora nos permite sin grandes saltos de la imaginación hablar de Haití sabiendo que hablamos de nosotros mismos.

## V. Haití y el Caribe en el Mundo

Los pueblos del Caribe están vinculados de manera más palpable que cualquier otra región a los acontecimientos suscitados por la transacción colonial que irrumpió en el 1492, ese proceso de dominación mediante el cual el Occidente cristiano se habría de enseñorear sobre los negocios del mundo por varias centurias. Ese ascenso del Occidente cristiano en las relaciones de poder del planeta es lo que esbozaba Adam Smith para 1776 en su célebre tratado sobre la riqueza de las naciones, cuando declaraba que “el descubrimiento de América, y el de un camino hacia las Indias Orientales a través del Cabo de Buena Esperanza” constituían los eventos más importantes en la historia escrita de la humanidad en tanto que, al conectar a “las partes más distantes del mundo, permitiéndoles satisfacer sus necesidades mutuas, incrementarse sus placeres y mutuamente estimularse la productividad”, esos acontecimientos



traieron enormes beneficios no obstante “el espantoso infortunio” que causarían a las poblaciones nativas de esas dos vastas regiones (Smith, 1994, 675-76). Se discierne en Smith un temprano reconocimiento del papel fundamental del Caribe en la reestructuración de la economía mundial a partir de su descripción de la colonia francesa de Saint Domingue. La llama “la más importante de las colonias de azúcar en las Indias Occidentales”, atribuyéndole una producción superior a “todo el azúcar que dan las colonias inglesas juntas” (Smith, 1994, 616).

Para la fecha en que Smith hacía sus observaciones los franceses extraían de Saint Domingue un cúmulo de riqueza mayor al de todas sus operaciones económicas de ultramar juntas. A los ingleses tampoco les iba tan mal, pues desde el 1755 habían sacado mucha ventaja económica de la subyugación de la India. Nótese el papel del Caribe aquí. Pues hasta el 1755 los británicos habían sostenido una relación principalmente comercial con la India. Sin planes anunciados de conquista, se habían aclimatado a negociar con las ciudades portuarias de la región sirviéndose de la mediación de príncipes o nabobs y cabecillas regionales o locales. Sin embargo, para 1755, Robert Clive, jefe de la Compañía de las Indias Orientales, procedió a suprimir la reticencia que había comenzado a encontrar entre las autoridades locales que mediaban las transacciones comerciales, anunciando un cambio drástico en la política de intercambio con la India. “Seremos nosotros mismos los nabobs”, dijo inaugurando una era de dominación colonial que duraría hasta Ghandi, ya entrado el siglo XX (Osterhammel, 1997, 31). Clive y la East India Company pudieron dar ese paso en gran medida gracias al poderío acumulado previamente en su empresa caribeña. Al apoderarse de Jamaica en el 1655, quitándosela a España, Gran Bretaña con el tiempo emergió como el imperio que dominaba la porción mayor de la economía de plantación en el Caribe. El surgimiento de Jamaica como su más fructífera posesión ultramarina y la expansión de su influencia en la región, le dio a Inglaterra la fortaleza necesaria para conquistar otros rincones del planeta.

Para finales del siglo XIX el historiador James Anthony Froude, entonces distinguido docente de la Universidad de Oxford, reconoció el valor del Caribe llamándole “la cuna del imperio naval de Gran Bretaña” (Froude, 1888, 9). Refiriéndose a los éxitos de la competencia, Froude apuntaba que las colonias de España en las Américas le habían permitido al Rey Felipe subsidiar la guerra contra la Reforma Protestante (Froude, 1888, 10). Más cercano a nosotros, el historiador y estadista de Trinidad, Eric Williams señaló la medida en que la ventaja económica que Gran Bretaña sacó del sistema de plantaciones en el Caribe la llevó a encabezar la Revolución Industrial (Williams, 1944). Froude describía al Caribe como una zona de conflictos, choques y competencia capaz

de fortalecer o debilitar a cada uno de los poderes coloniales que participaban en la contienda ultramarina. El escritor y estadista dominicano Juan Bosch abreviaría esa condición histórica del Caribe llamándole: “frontera imperial” (1969). La isla Hispaniola, donde el Caribe propiamente dicho vino al mundo, ha sentido con especial intensidad, el efecto de la centralidad económica y política de la región en el mundo. Allí, en el 1605, chocaron ruidosamente la España católica y la Holanda protestante, llevando a los españoles a desertar la parte occidental de la isla. Con el tiempo, tras el asentamiento o la incursión sucesiva de piratas, bucaneros y corsarios en la parte oeste de la Hispaniola, emergió allí una colonia francesa que las autoridades españolas tuvieron que reconocer. A partir de dicho reconocimiento, convivirían en la isla dos modelos coloniales disímiles, dos proyectos imperiales distintos: Santo Domingo en el este y Saint Domingue en el oeste. Esa bifurcación echaría las simientes para la eventual formación de dos naciones contiguas y separadas: Haití proclamando su soberanía en el 1804 y la República Dominicana la suya en el 1844.

## VI. Haití: El Atrevimiento de su Existencia

Haití vino al mundo como estado independiente en medio de circunstancias extraordinarias. Se puede decir que arribó de manera desafiante, pidiendo a la mala un lugar en la comunidad de las naciones, particularmente un orden económico mundial regentado por países capitalistas del Occidente cristiano. Es decir, Haití cometía el atrevimiento de pedir entrada a un sistema mundial que estaba predispuesto a negársela puesto que su bienestar dependía precisamente de la descalificación de poblaciones como la haitiana. Hablamos de un Occidente cristiano que vivía de la esclavitud y que había malogrado las relaciones sociales de la especie al estratificar a la humanidad en renglones raciales de superioridad e inferioridad, colocando a europeos blancos en la cúspide y a los negros de origen africano en el fondo de la escala humana. Siendo esa, pues, la lógica imperante, ¿quién podía resultar menos apto que Haití para pedir un lugar en la comunidad de las naciones? Añádase que había hecho su solicitud de admisión fusil en manos, es decir, “a la mala”. Con su llegada inoportuna, entonces, el pueblo haitiano sacudió la base económica, política, social y moral que sostenía al mundo occidental que la transacción colonial había creado. La Revolución Haitiana puede haber sufrido omisión por parte de la historiografía occidental como propone el historiador Michel-Rolph Trouillot (1995). Pero quizá esa omisión se refiera principalmente al siglo XX.

Sin embargo, en el momento de los acontecimientos suscitados por la insurrección de Saint Domingue y a lo largo del siglo XIX todo el orden capitalista

que sostenía el sistema colonial en las Américas tuvo a Haití en mente y en sus palabras al sentirse directamente afectado por lo acontecido allí. Como piedra angular de la economía atlántica, según la frase de David Patrick Geggus, Saint Domingue angustió a Francia y provocó sus competidores coloniales cuando la población esclavizada se alzó contra el régimen imperante. Los 40.000 soldados enviados por Napoleón a recuperar la colonia debe decir algo. Francia perdió poder ante sus pares imperiales y por eso Napoleón se vio precisado a venderle a Thomas Jefferson, Presidente de los Estados, las tierras fértiles de Lousiana, reduciendo el poder francés en el hemisferio y aumentando vertiginosamente el norteamericano.

La rebelión de los esclavos tuvo resonancia global, produciendo un prolongado conflicto que llegó a involucrar a combatientes franceses, africanos, criollos, ingleses, españoles y norteamericanos. La presencia en la soldadecza de polacos y alemanes no es mera curiosidad, como tampoco lo es la invasión inglesa a Saint Domingue entre 1793 y 1795. Ya hemos mencionado la importancia que adquirió el personaje de Toussaint Louverture entre los abolicionistas y personas de buena voluntad en Occidente, como lo ilustra el poema de Wordsworth sobre su lucha y su martirio. Igual vale mencionar el apoyo que le dieron a Henri Christophe los conocidos abolicionistas británicos Thomas Clarkson y William Wilberforce. En varias cartas intercambiadas entre Christophe y Clarkson durante el 1818 (abril 26, agosto 26 y octubre 30) los interlocutores discuten la posibilidad de sacar provecho al interés del Emperador de Rusia en los asuntos haitianos, lo que sugiere la dimensión planetaria que había alcanzado la gesta del pueblo haitiano (Christophe y Clarkson, 1952, 104-123).

Vista la inquietud producida por la rebelión de Saint Domingue en rincones remotos, no sorprende que la plantocracia del Caribe, la inglesa y la española no menos que la francesa, igual que la norteamericana, reaccionara con espanto ante el desenlace que llevó al nacimiento de la República de Haití. En Estados Unidos cundió un terror que duraría varias generaciones y que reviviría con cada insurrección posterior escenificada allí, incluyendo las de Gabriel Prossner, Denmark Vessey y Nat Turner. Los padres fundadores de la nación americana, quienes habían entrado al proscenio de la historia como ángeles revolucionarios en la gesta libertaria de 1776, tuvieron que tornarse anti-revolucionarios ante la avanzada haitiana, dejando evidencia de que cuando el memorable texto de la “Declaración de Independencia” decía que “todos los seres humanos son creados iguales”, ese loable principio tenía sus límites raciales. Observando los acontecimientos desde el palacio presidencial, George Washington en una carta lamenta el advenimiento de ese “espíritu levantizco entre los negros” (Wills, 2003, 36). Thomas Jefferson, por su parte, se conduce

lacrimosamente de los dueños de plantaciones, los grandes blancos, que tuvieron que huir de Saint Domingue dejando atrás su bienestar y su riqueza (Wills, 2003, 36-37). No podía ser de otra manera. La gesta haitiana derrumbó la estructura moral del Occidente cristiano con respecto a los llamados pueblos paganos. Además, al dismantelar la plantación y arremeter contra la esclavitud, declarándola criminal, el Estado haitiano contrarrestaba la médula misma, el tuétano de la economía que sustentaba a la civilización cristiano-occidental. No sorprende, por tanto, la hostilidad de los Estados Unidos contra Haití, la cual ha sido descrita por Roberto Márquez, como una campaña sostenida y deliberada por “aislar, desestabilizar, desacreditar y económicamente castigar a la república negra” (Márquez, 2000, 15-16). Nótese que deberán pasar seis décadas para que Estados Unidos en 1862 reconozca a Haití como una nación independiente legalmente constituida.

Ante esta animadversión de Occidente, una gran parte del pensamiento haitiano, desde el Barón de Vastey (1735-1860) hasta Antenor Firmin (1850-1911) hasta Michel-Rolph Trouillot (1949-2012), se ha consagrado a la defensa e ilustración de la nación haitiana y a justificar su derecho a existir en condición de igualdad como integrante legítima de la familia humana en la historia. En el 1907, Jacques Nicolas Léger, entonces Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República de Haití en los Estados Unidos, publicó un libro titulado *Haití, su historia y sus detractores* del cual me gustaría citar el siguiente fragmento en el que el autor aventura una sucinta explicación del antihaitianismo occidental:

Quando en 1804 Haití tuvo la osadía de proclamar la abolición de la esclavitud, todos los países donde esta práctica inhumana todavía prosperaba se inclinaron por ver el hecho como una afrenta; por consecuencia, les pareció apropiado tomar las medidas necesarias para proteger un sistema cuya abolición, según la opinión del mundo civilizado en ese momento, traería las más infaustas calamidades. Al levantarse contra sus amos y mostrárseles sus iguales en el campo de batalla, los esclavos de Saint Domingue habían cometido lo que ante los ojos de los partidarios de la esclavitud era un crimen imperdonable, devenido todavía más monstruoso en la medida en que los haitianos, tras erigirse en amos de su país, declararon abiertamente que cualquier persona negra se consideraría libre al pisar suelo haitiano (Léger, 1907, 300).

La claridad y la precisión de la explicación de Leger parecería bastante para detener el flujo del discurso vilificador de Haití en Occidente, especialmente en los Estados Unidos, pero el prejuicio no se cura con libros. Siguieron las representaciones deshumanizantes y descalificadoras de Haití. El volumen

*The Magic Island* publicado en 1929 por William Seabrook es todo un insulto encuadrado. Y conste que el año anterior el distinguido intelectual haitiano Jean-Price Mars había publicado el monumental *Ainsi para l'Uncle*, una obra abocada a normalizar las formas culturales y las prácticas religiosas del pueblo haitiano. Para el 1937 en la década siguiente, cuando el afamado antropólogo Melville J. Herskovits lanza su obra *Life in a Haitian Valley*, debe abrir lamentándose de que “A Haití le ha ido mal en manos de sus intérpretes literarios. Se ha apelado a la condescendencia y la caricatura, especialmente en años recientes, como un recurso fácil hacia el entendimiento de su gente y sus instituciones” (Herskovits, 1937, vii). Las diatribas y las recriminaciones no pararon en las décadas siguientes. Durante los ochenta, con el surgimiento de la plaga del SIDA, el arsenal antihaitiano se armó con nuevas calumnias. Los especialistas en salud pública comenzaron a incluir a la sociedad haitiana entre las fuentes que daban origen a la alarmante epidemia. Se habló de la proliferación del virus como producto del contacto con una de tres fuentes, denominadas entonces las tres haches: haitianos, homofílicos y homosexuales.

A raíz del terremoto que destruyó la ciudad de Puerto Príncipe y sus alrededores en enero de 2010, en los Estados Unidos surgieron voces que buscaban sacar sentido del trágico cataclismo apelando a distintas culpabilidades en la población afectada. Un analista político escribiendo para la sección de opinión del periódico *New York Times* concluyó que la magnitud del desastre había que buscarlo en la disfuncionalidad de la sociedad haitiana. El conocido tele-evangelista reverendo Pat Robertson, por su parte, dictaminó que los haitianos se habían buscado ese y cada uno de los sucesos que les habían acaecido durante su historia republicana por haber entrado en componenda con el Príncipe de las Tinieblas. Aparentemente, Satanás, salido de las llamas del infierno para negociar un acuerdo geopolítico, concedió a los insurrectos de Saint Domingue la victoria contra sus amos franceses con tal de que ellos se cruzaran a la esfera diabólica y se alejaran del reino de Dios. Explicada a la manera sugerida por el reverendo Robertson, los cientos de miles que haitianos que murieron y los millones que quedaron en la más abyecta indefensión sufrieron nada más y nada menos que el impacto arrollador de la venganza de ese Dios todopoderoso que “es amor” según lo enseñó el catecismo de la infancia. No menciono la despeinada y sórdida lógica del reverendo Robertson más que para ilustrar hasta qué extremo ha sido capaz de llegar la ideología del antihaitianismo occidental.

Pienso, por tanto, que a los que pueblos que convivimos en esta soleada región se nos hace necesario seguir combatiendo con palabras y hechos tanto el antihaitianismo global como su manifestación local, cuidándonos, claro está,

de no concentrarnos en su manifestación local de manera tan exclusiva que terminemos exonerando de crítica y de culpa a sus progenitores occidentales. A los educadores especialmente, nos toca seguir ponderando y privilegiando la narrativa alternativa en la evocación de Haití, aquella que les sirvió a Césaire, Carpentier, Lamming, Rueda y tantos de nuestros principales escritores en el siglo XX para evocar el mundo caribeño e imaginar nuestra tenacidad y el potencial de construir un futuro promisorio, esa otra narrativa que, al decir de Frank McCourt, el autor de *Angela's Ashes*, rara vez se menciona. Pues adyacente a y simultáneo con el antihaitianismo occidental— forjador de la imagen deshumanizada dirigida a condenar al pueblo haitiano a la interposición y la anulación— ha existido una visión igualmente duradera aunque con menores recursos de difusión a su haber para otear el rostro de esa población. Propongo alimentar esa visión, la que se fija en la gesta que los haitianos han escrito con sus actos para ejemplificar la indomitabilidad del espíritu humano, la dignidad innegociable de la especie y el lugar señero que ocupa la experiencia quisqueyana en el centro del Caribe y en los asuntos del planeta, en gran medida gracias a Haití.

Me adelanto a proponer que Haití representa la mirilla a través de la cual las sociedades rectoras del capitalismo global otean al Caribe. La mirada que Occidente históricamente ha dirigido a Haití no difiere sustancialmente de la que en la actualidad se despliega en torno a instancias de violencia y corrupción en la región, como en los disturbios acaecidos en Tivoli Gardens, zona empobrecida de Kingston, Jamaica, donde en mayo del 2010 se escenificaron dramáticos enfrentamientos entre agentes policiales en busca de un conocido traficante de estupefacientes y vecinos de la zona que tomaron las armas para defender al reo. Ejemplos como ese dan mucha leña para cortar y para carburar la imaginación de los ángeles de la gobernabilidad que desde el Primer Mundo se proclaman responsables de guiar a los pueblos Tercer Mundo. Lo mismo ocurre frente a la competencia administrativa y el desorden político que lleva a crisis fiscal y subsecuentes paros laborales y estudiantiles a lo largo del país en Puerto Rico. Insisto, pues, en que ninguna sociedad caribeña está exenta de en su momento recibir la textura condenatoria de la mirada del capitalismo global, ni la Guyana Francesa con sus maneras gálicas y ni siquiera Barbados tantas veces denominada la más inglesa de las islas del Caribe. La opción inexorable para los que creemos que los pueblos del Caribe no padecen mayor demencia ni mayor precariedad de carácter que ningún otro componente de la especie es afirmar cada vez de manera más enfática la dignidad humana esencial de nuestra gente aún en los momentos del más frustrante desconsuelo.

Propongo que al salirle al frente a la tradición que en el pasado y en el presente se ha dado a la tarea de difamar la sociedad haitiana y a disminuir la dignidad de su gente no hacemos mas que defender nuestra propia humanidad. Pienso que la revaloración de la isla Hispaniola en la historia mundial habrá de servir como recurso espiritual en la lucha de los haitianos, en la alianza ineludible con sus vecinos dominicanos, por vencer la adversidad adicional proveniente del terremoto de Puerto Príncipe y el que le pueda venir a los dominicanos por Santiago según conocidas proyecciones sismológicas.

## Bibliografía

- American West India Company. (1863). Santo Domingo: A Paper from the Knickerbocker Magazine. New York: American West India Company.
- Balcácer, Juan Daniel (Ed.). (1989). Manuel Arturo Peña Batlle. Ensayos históricos. En Santo Domingo: Fundación Peña Batlle.
- Balaguer, Joaquín. (1983). La isla al revés. Santo Domingo: Editora Corripio.
- Bosch, Juan. (1970). De Cristóbal Colón a Fidel Castro: El Caribe, frontera imperial. Madrid: Ediciones Alfaguara.
- Campillo Pérez, Julio Genaro (Ed.). (1994). Documentos del primer gobierno dominicano: Junta Central Gubernativa, febrero-noviembre 1844. Santo Domingo: Colección del Sequicentenario de la Independencia Nacional.
- Carpentier, Alejo. (1949). El reino de este mundo. México, D. F.: Edición y Distribución Iberoamericana de Publicaciones.
- Césaire, Aimé. (1961). Toussaint Louverture: La revolution francaise et le probleme colonial. Paris: Présence Africaine.
- Césaire, Aimé. (1963). La tragédie du roi Christophe. Paris: Présence Africaine.
- Christophe, Henry; y Thomas, Clarkson. (1952). En Leslie Griggs, Earl y Prator, Clifford H (Eds.). A Correspondence. Berkeley: University of California Press.
- Cooper, Anna Julia. (2006). Slavery and the French and Haitian Revolutionists (L'attitude de la France a l'égard de l'esclavage pendant la révolution). (Trad. por Frances Richardson Keller). Lanham: Rowman & Littlefield Publishers.

- Cordero Michel, Emilio. (1968). *La Revolución Haitiana y Santo Domingo*. Colección Historia y Sociedad. Santo Domingo: Editora Nacional.
- Courtney, Wilshire. (1860). *The Gold Fields of Santo Domingo*. New York: Anson P. Norton.
- Douglass, Frederick. (1992). *The Frederick Douglass Papers. Series One: Speeches, Debates, and Interviews. Vol. 5*. John W. Blassingame y John R. McKivigan. New Haven y Londres: Yale University Press.
- Danticat, Edwidge; y Junot Díaz. (1999, noviembre 20). *The Dominican Republic's War on Haitian Workers*. *The New York Times*, Sección de Opinión.
- Enciclopedia Dominicana. (1978). "Antihaitianismo". Tomo 3. Santo Domingo: Enciclopédica Dominicana, S. A.
- Firmin, Joseph-Anténor. (2005). *De l'égalité des races humaines: anthropologie positive*. 1885. Montréal: Mémoire d'Encrier.
- Franco, Franklin. (1992). *Historia del pueblo dominicano*. Santo Domingo: Instituto del Libro.
- Froude, James Anthony. (1888). *The English in the West Indies or the Bow of Ulysses*. London: Longmans, Green, and Co.
- Geggus, David Patrick. (2001). *The Impact of the Haitian Revolution in the Atlantic World*. Columbia: University of South Carolina Press.
- Glissant, Edouard. (1986). *Monsieur Toussaint*. Paris: Editions Du Seuil.
- Gobineau, Joseph-Arthur. (1853-1855). *Essai sur l'inégalité des races humaines*. Paris: Firmin Didot.
- Hancock, Henry (1905). "The Situation in Santo Domingo". *Annals of the American Academy of Political and Social Sciences*, (463), 47-52.
- Herskovits, Melville. (1937). *Life in a Haitian Valley*. New York: Alfred A. Knopf.
- Holly, James Theodore. (1857). *A Vindication of the Capacity of the Negro Race for Self-Government and Civilized Progress as Demonstrated by Historical Events of the Haytian Revolution and the Subsequent Acts of that People*



- since their National Independence. En Howard H. Bell (Ed.). *Black Separatism and the Caribbean*. Ann Arbor: The University of Michigan Press.
- James, Cyril Lionel Robert. (1963). *The Black Jacobins*. New York: Vintage Books.
- Keim, De B. Randolph. (1870). *Santo Domingo*. Philadelphia: Clayton, Remsen, y Haffelfinger.
- Lamartine, Alphonse. (1850). *Toussaint Louverture: Poeme dramatique*. Paris: Michel Lévy Frères, Librairies-Editeurs.
- Lamming, George. (1984). *The Pleasures of Exile*. 1960. London: Allison and Busby.
- Léger, Jacques Nicolas. (1907). *Haiti, Her History, and Her Detractors*. New York and Washington: The Neale Publishing Company.
- Márquez, Roberto. (2000). Raza, Racismo e Historia: 'Are All My Bones From There'. *Latino (a) Research Review*, 4 (3), 8-22.
- McCourt, Frank. (1999). *Angela's Ashes*. New York: Scribner.
- Mota, Fabio; y Rodríguez Demorizi, Emilio (Eds). (1963). *Cancionero de la Restauración*. Santo Domingo: Editora del Caribe.
- Moya Pons, Frank. (1972). *La dominación haitiana: 1822-1844*. Santiago de los Caballeros: Universidad Católica Madre y Maestra.
- Osterhammel, Jurgen. (1997). *Colonialism: A Theoretical Overview*. (Trad. por Shelley L.). Jamaica: Markus Wiener/Ian Randle Publishers.
- Plummer, Brenda Gayle. (1988). *Haiti and the Great Powers: 1902-1915*. Baton Rouge: Louisiana State University Press.
- Price-Mars, Jean. (1973). *Ainsi parla l'oncle*. 1928. (Nouvelle Edition). Ottawa: Leméac.
- Rodríguez Demorizi, Emilio (Ed). (1979). *Poesía popular dominicana*. Santiago: Universidad Católica Madre y Maestra.

- Rueda, Manuel. (1998). *Las metamorfosis de Makandal*. Santo Domingo: Banco Central de la República Dominicana.
- Santo Domingo (1906). *A Brief Sketch of the Island, Its Resources, and Commercial Possibilities with Special Reference to the Treaty Now Pending in the United States Senate*. New York: New York Commercial.
- Seabrook, William. (1929). *The Magic Island*. New York: The Literary Guild of America.
- Smith, Adam. (1994). *An Inquiry into the Causes and Nature of the Wealth of Nations*. New York: The Modern Library.
- Tansill, Charles Callan. (1938). *The United States and Santo Domingo: 1793-1873*. Baltimore: The Johns Hopkins Press.
- Trouillot, Michel-Rolph. (1995). *Silencing the Past: Power and the Production of History*. Boston: Beacon.
- United States. Commission of Inquiry to Santo Domingo. (1871). *Report of the Commission of Inquiry to Santo Domingo*. Comisionados B. F. Wade, A. D. White y S. G. Howe. Washington: Government Printing Office
- Verrill, A. Hyatt. (1914). *Porto Rico Past and Present and San Domingo of Today*. New York: Dodd, Mead.
- Lockward, Antonio (Ed.). (1985). *Jacques Viau: Poeta de una isla*. Santo Domingo: Ediciones CEDEE.
- Walcott, Derek. (2002). *The Haitian Trilogy*. New York: Farrar, Strauss/ Giroux.
- Welles, Summer. (1966). *Naboth's Vinyard: The Dominican Republic (1844-1924)*. Mamoroneck, New York: Paul P. Appel.
- Williams, Eric. (1944). *Capitalism and Slavery*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Wills, Gary. (2003). *"The Negro President": Jefferson and the Slave Power*. Boston y New York: Houghton Mifflin Company.